Revista de Historia de la Psicología, vol. 28, núm. 1, 2007 **147-166**

Historias de la psicología: problemas, funciones y objetivos

Hugo Vezzetti
Universidad de Buenos Aires

Resumen

El artículo trata sobre la historia de la psicología como un espacio de conocimiento y un campo de investigación, dentro del campo mayor de las historias disciplinares. Se indaga la pluralidad en el objeto, *las psicologías*; y en las diversas construcciones del pasado: de los saberes, los usos, la implantación social y cultural, la profesionalización.

Palabras clave: Historia, psicología, historia intelectual, historia conceptual.

Abstract

The article deals with the history of psychology as a space of knowledge and a field of research, within the wider field of disciplinary histories. Plurality is explored: in the object, *psychologies*; and in the different constructions of the past: of knowledges, uses, social and cultural implantations, professionalization.

Keywords: History, psychology, intelectual history, conceptual history

«Historia de la Psicología» es hoy sobre todo una asignatura incluida en un marco curricular destinado a la formación de los practicantes de la psicología; es, al mismo tiempo, un espacio de investigación y conocimiento que desborda ese propósito y se incluye en el campo mayor de las historias disciplinares. En lo que sigue doy cuenta de los criterios y la experiencia que sostienen una enseñanza y un programa de investigaciones, desarrollados desde hace casi veinte años en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.[1]

1. Profesor titular plenario de Historia de la Psicología de la Universidad de Buenos Aires e investigador del CONICET. Sobre el trabajo de enseñanza e investigación véase <www.elseminario.com.ar>.

En el comienzo, entonces, se trata de una historia establecida por, y destinada a, los psicólogos como incipiente comunidad profesional. Sus condiciones no fueron diferentes de las de otras historias disciplinares, particularmente allí donde se reúnen el sustrato científico y el dispositivo profesional: historia de la medicina, de la ingeniería o de la sociología. El primer modelo tiende a continuar y ampliar las «introducciones» o el repaso de «antecedentes» históricos usualmente insertados en los comienzos de una enseñanza: una memoria de la psicología, académica o profesional, que todo profesor se siente obligado a incluir, al modo de un ritual que sirve a la vez para establecer una filiación y afirmar una legitimidad.

Un núcleo más o menos explícito en esos relatos es la cuestión de la identidad, que se construye siempre retrospectivamente, tanto más proclamada cuanto más se advierte, desde los comienzos de la disciplina, que bajo el rubro psicología pueden contenerse conceptos y prácticas muy diferentes. Las disciplinas suelen instituir filiaciones apoyadas en pequeños mitos familiares que nombran un padre, Hipócrates o Newton, por ejemplo. En el caso de los practicantes del psicoanálisis, esa operación se pone en escena de un modo que revela ese pequeño drama identitario: lo usual es instalar y exhibir el retrato del padre del psicoanálisis como un gesto que asegura la continuidad de un linaje. Pero aquí la paternidad es siempre cierta e indisputable, mientras que lo primero que salta a la vista en el caso de la psicología es que se diversifica el elenco de los progenitores. Se puede recurrir a Wundt, por supuesto, pero ¿por qué no Darwin, Fechner, Freud, Watson o Piaget? Las disputas de filiación ofrecen una primera evidencia de una familia a la vez extensa y desorganizada. O bien, para recuperar una ficción iluminadora, un territorio mal delimitado en el que coexisten tribus diferentes, mutuamente incomunicadas y por eso mismo inclinadas a combatirse (Kimble, 1984; Vezzetti, 1998). Es por el contraste con esa identidad plena de la gran familia freudiana (que no impide, como es sabido, profundas fracturas en el plano de las doctrinas) que resalta la precaria armonía de la comunidad de los psicólogos. Esa fragilidad de un campo disciplinar que lleva la marca de un nacimiento dudoso o «problemático» ha sido señalada (Woodward y Ash, 1982); a partir de ese incertidumbre en el origen se aclaran algunas modalidades del refuerzo de legitimidad que se demanda a la historia académica. El primer objetivo planteado a la historia de la psicología en su impacto formativo, particularmente para los estudiantes del grado, apunta a una función pacificadora y compensatoria, que enfrente los riesgos de la anarquía: es notorio que los fantasmas políticos pueblan las historias latentes de las disciplinas en general y de la psicología y el psicoanálisis en particular. El recurso imaginado apunta a la composición retrospectiva de un campo unificado, que se despliega en el elenco de los «precursores» y los fundadores y en las teorías y los procedimientos que trazan una línea desde un pasado legítimo hasta un presente celebrado como el único posible.

Ahora bien, si en los últimos años se han abierto intentos de revisión de los objetivos y las funciones de la historia de la psicología, como el que se propone en esta revista, hay que reconocer un estado de insatisfacción con esa primera función curricular; y, seguidamente, advertir que esa discusión se hace posible por un estado del arte en el conocimiento y la investigación históricos que ya ha comenzado a edificar caminos autónomos. Frente a una historia concebida como una crónica de lo mismo, emerge una posición distinta, de *historiador* antes que de profesor, que busca su autonomía en la distancia que construye respecto de la función celebratoria o la confirmación de las verdades establecidas. Ese trabajo innovador sobre el pasado, indaga las versiones oficiales, señala los «olvidos», amplía el canon, en fin, explora una dimensión latente y no reconocida del pensamiento de la disciplina.

Un primer signo de ese giro ha sido la inclusión de la historia de la psicología en el marco de la historia de las ciencias humanas. Más aun, es la historia como disciplina de investigación, con sus conceptos y sus herramientas, la que ha quedado destacada como un fundamento necesario, si se trata de eludir las versiones de aficionados que han poblado las historias destinadas a los psicólogos. En todo caso, el historiador de la disciplina, que hoy tiende a concebirse como un especialista, se enfrenta a un doble desafío: por una parte, no puede perder una familiaridad con su objeto, la psicología, cuyo campo busca explorar e iluminar; por otra, cuanto más se afirma en el lugar de historiador (o aspirante a serlo), mas se extiende necesariamente su espacio de trabajo y de interlocución a las disciplinas históricas, sobre todo los rubros que hoy comunican la historia de las ciencias y de las ideas con la de la cultura y los campos intelectuales. Es en ese espacio renovado donde surgen herramientas novedosas en el trabajo sobre el pasado como la arqueología y la genealogía foucaulteanas, una orientación muy influyente en el presente.

Aunque signifique reiterar una obviedad: la función más importante para la disciplina histórica es la iluminación crítica del presente. En el caso de las ciencias humanas (y de la psicología en particular) exige no sólo tomar distancia de cualquier identidad presupuesta (en la tradición de las humanidades, las ciencias naturales, el psicoanálisis, etc.) sino partir de la *diversidad* de las condiciones, modelos, conceptos y prácticas. Sostenida en ese suelo innovador, la historia puede comenzar por interrogar críticamente la demanda de los practicantes de la psicología que buscan en el pasado un sostén de identidad, y puede emanciparse de las narraciones tranquilizadoras, los desenvolvimientos continuos y la búsqueda de los «precursores». La cuestión de la unidad ya no se plantearía como un requerimiento que deber ser cumplido mediante una narrativa armonizadora, que en verdad habla menos del pasado que del panorama actual de la psicología. La enseñanza de la historia en los *curricula* ya no se concebiría como la transmisión de un relato ya armado sino como un amplio horizonte para una investigación en marcha. Con intención crítica, se tratará de que el alumno incorpore,

además de información, algunas herramientas de análisis y, sobre todo, cierta sensibilidad para los problemas de la historia y que la reconozca como un saber capaz de iluminar cuestiones presentes de la disciplina. Afirmada en la importancia de la investigación, la enseñanza sobre el pasado reconoce que la «operación historiográfica» (para recuperar una fórmula feliz de Michel de Certeau, 1975) encuentra su mejor productividad en el rescate de los comienzos divergentes y azarosos. Hoy juega a favor de ese giro en la disciplina histórica un humor *genealógico* que debe ser recuperado en su potencial innovador sobre las formas más bien inmovilizadas de los relatos académicos.

Desde luego, también la inspiración genealógica produce sus excesos y sus visiones unilaterales del pasado, allí donde la complejidad de las formaciones tiende a simplificarse en un relato homogéneo de los mecanismos del poder. No hay, en ese sentido, una versión canónica de la genealogía como herramienta de análisis histórico. En el propio Foucault, padre de la criatura, puede advertirse que no se trata de un conjunto de reglas generales sino de un modalidad de trabajo sobre las fuentes que se ajusta y se reinventa de acuerdo con los objetos singulares a los que se aplica. En principio, aplicado a la psicología, un abordaje genealógico comienza por rechazar la búsqueda de un origen y se embarca en una exploración interminable de los comienzos contingentes y las continuidades dudosas. En definitiva, no hay *una* historia de *la* psicología: hay diversidad de psicologías y pluralidad de historias.

1. LA PLURALIDAD EN EL OBJETO: LAS PSICOLOGÍAS

Como es sabido, la pregunta, a menudo acuciante, por la *unidad* de la psicología ha quedado planteada junto con la fundación académica de la disciplina. Antonio Caparrós, a quien tanto debe la nueva historiografía de la psicología en lengua española, supo señalarlo en un análisis esclarecedor y erudito. (Caparrós, 1991) Partir de la propia «conciencia de crisis» proporciona un punto de mira preferible al de cualquier definición sobre lo que es (o quiere ser) la psicología. Si la historia busca renovar e interrogar las representaciones establecidas del pasado, encuentra su mejor punto de partida en la incertidumbre y en la perplejidad expresada por esa originaria conciencia de crisis, que tiende a ser acallada por la institucionalización académica de la psicología y que no obstante establece un motivo perdurable e iluminador de su trayectoria ulterior.

La cuestión de la *unidad* aparece en el programa expuesto brevemente por Daniel Lagache y discutido en una conferencia de G. Canguilhem, convertida en un texto célebre en los años sesenta (Lagache, 1980; Canguilhem,1958). Pero justamente la búsqueda de unidad emerge como un ejercicio compensatorio frente a la heterogeneidad de tradiciones científicas, objetos, métodos, técnicas y usos de la psicología. El territorio de la psicología se extiende entre la filosofía y las humanidades, la biología y

los estudios del comportamiento, las ciencias neurológicas y cognitivas; con apoyos en las disciplinas formales, matemáticas y estadísticas y lazos con las ciencias sociales, las disciplinas clínicas y el psicoanálisis, que contiene en sí mismo un potencial de diversidad y de conflicto. El abanico de asignaturas en un plan de estudios típico revela esa heterogeneidad que en verdad proyecta un programa de formación de casi imposible cumplimiento. Los posgrados y las especializaciones constituyen los caminos hacia una unificación en una tradición (cognitiva, social, clínica..) que se alcanza sobre la base de un olvido retrospectivo de las otras. Algunos han señalado la evidencia de un campo disciplinar estallado y concluyen que debería trasladarse esa diversidad a la formación curricular básica, que debería brindar directamente diplomas en neuropsicología, psicología cognitiva, psicoanálisis, psicología social, etc. Como consecuencia, junto con el campo disciplinar quedaría desarmada la figura profesional del psicólogo.

La historia encuentra una tarea y una mira cuando se aleja de la defensa partisana o el sostén de alguna ortodoxia y admite que la *heterogeneidad* del campo en su configuración presente depende de su proceso de formación. O sea, que esa diversidad no depende de desvíos o retrocesos en una racionalidad prefijada, sino que los espacios y las tramas de esa formación han obedecido a procesos diversos y heterogéneos. Situada entre la filosofía, las ciencias biológicas y las sociales, la pluralidad de psicologías sólo se ilumina cuando su proceso de formación es situado en una trama disciplinar compleja y móvil. Consecuentemente, se impone la ampliación del corpus, que no puede ya reducirse al catálogo de los autores incorporados al *canon* de la disciplina, aun admitiendo que en el campo de las psicologías hay más de un canon en la medida en que hay diversas tradiciones. El punto es que una historia de las ideas o de las prácticas de la psicología debe incluir fuentes y recortes del pasado que no siempre serían reconocidos en la memoria establecida de los psicólogos.

En el terreno de los proyecto teóricos hay, desde luego, más de un corpus y el archivo textual se expande interminablemente. Canguilhem, en el texto citado, polemizando con la visión estrecha de Lagache, produjo una ampliación provocadora: para responder a la pregunta sobre el qué de la psicología propone trabajar un corpus inmenso, filosófico y científico. Su ensayo destacaba particularmente, en el nacimiento moderno de la cuestión de la «subjetividad», el impacto fundante de las revoluciones científica y filosófica y sus consecuencias para los primeros proyectos teóricos de la psicología como «física del sentido externo» (psicofísica), «ciencia del sentido interno» (introspección) o estudio del «sentido íntimo» (diario y literatura del yo). Pero en cuanto se desplazaba hacia el mundo contemporáneo, el proyecto de una «ciencia de las reacciones y el comportamiento» le imponía introducir la dimensión de las prácticas, los usos sociales, en fin, una dimensión ética y política que no puede ser ignorada en el análisis de las tecnologías psicológicas contemporáneas. Canguilhem proporcionaba una preciosa indicación en esa ampliación del paisaje de los saberes: las

condiciones culturales de la *modernidad* se constituyen en un núcleo ineludible de la historia conceptual de la disciplina. Allí nacían, no sólo en el pensamiento sino en las nuevas instituciones, una variedad de figuras del sujeto y del comportamiento que, al mismo tiempo que fundaban la posibilidad de un saber sobre la subjetividad, hacían imposible un ciencia unificada del hombre.

Finalmente, hacia el siglo XIX, la diversidad en los comienzos de la psicología puede ser ordenada, tentativamente, en tres tradiciones: la *psicofísica* y sus derivaciones en las psicologías experimentales; el *evolucionismo* y sus efectos sobre la psicología comparada y evolutiva; y la *psicopatología* y sus consecuencias en la clínica de la hipnosis y las formas modernas de la psicoterapia. Se trata de un esquema tentativo que ha proporcionado un orden en la enseñanza de la historia de la psicología, con miras a iluminar el horizonte contemporáneo (Vezzetti, 2005). Pero en ese agrupamiento tentativo (que no pretende fundar un sistema) se advierte ya que los problemas de la constitución científica de la disciplina no pueden separarse de distintos contextos culturales y de lenguaje, de Inglaterra a Francia y a Alemania, que operan como un suelo ineludible para un análisis histórico. Allí se abre un capítulo fundamental de una exploración capaz de reconocer los tránsitos, las lecturas y traducciones de un espacio nacional a otro. En cierto modo, toda la historia de las disciplinas «psi» puede ser encarada como una historia de las lecturas y las apropiaciones, es decir, según los criterios de los estudios de *recepción*, a los que voy a referirme más adelante. Por otra parte, esas tradiciones generales no agotan la pluralidad de ideas y proyectos en el período, en las últimas décadas del siglo XIX, en que la psicología alcanza un estatuto académico autónomo. Es posible señalar otros ámbitos, como la psicología colectiva y de las masas, que establecen sus temas y sus objetos, en relación con esas tres corrientes principales. Pero el reconocimiento de esos comienzos diversos previene contra la tentación de alinear esa historia en torno de algún origen esencial.

Además, en la medida en que la psicología, en su fisonomía contemporánea, nace directamente como práctica aplicada (como *tecnología*) ese espectro diversificado debe incluir, como un tema destacado de la investigación, la dimensión de los *usos* en la clínica y el diagnóstico, la educación, los grupos y las instituciones, el ámbito jurídico y forense, el trabajo y las profesiones, la publicidad y los estudios de mercado, incluyendo nuevas líneas como la psicología transcultural. No hace falta decirlo, en esos nuevos ámbitos tecnológicos se anudan nuevas relaciones con las tradiciones científicas que revierten y complejizan la diversidad de los conceptos y las teorías. En un análisis notable, que se refiere explícitamente a la dimensión de las prácticas, un joven Foucault exponía otra idea de una primera negatividad en el nacimiento de la psicología. Si en su dimensión tecnológica la psicología moderna podría ser comparada con las prácticas nacidas de las ciencias de la naturaleza, la diferencia salta a la vista: mientras que en las ciencias naturales responden a dificultades o límites que son temporarios y provisionales, la psicología, dice Foucault,

> nace en ese punto en el que la práctica del hombre encuentra su propia contradicción. La psicología del desarrollo nació como una reflexión sobre la detención del desarrollo; la psicología de la adaptación como un análisis de los fenómenos de inadaptación; las de la memoria, de la conciencia, del sentimiento aparecieron como psicologías del olvido, del inconsciente y de las perturbaciones afectivas. Sin forzar los términos se puede decir que la psicología contemporánea es, en su origen, un análisis de lo anormal, de lo patológico, de lo conflictivo, una reflexión sobre las contradicciones del hombre consigo mismo. Y si se transformó en una psicología de lo normal, de lo adaptativo, de lo ordenado, es de una manera secundaria, como un esfuerzo por dominar esas contradicciones (Foucault, 1994; Vezzetti, 2001).

Al desplazarse a las prácticas y los usos un estudio histórico de la psicología deberá incluir no sólo la trama de las ciencias humanas y sociales, sino las condiciones sociales y culturales, las nuevas instituciones (en la salud, la educación, el trabajo) y las racionalidades políticas que enmarcan las figuras y los «malestares» de un *homo psicologicus* que es edificado conjuntamente con los saberes y las técnicas que le son destinados. Y el problema mayor ya no es el principio de unidad (sea en el objeto, el método o el programa) sino el diseño de las exploraciones capaces de restituir las condiciones conceptuales y técnicas, culturales y políticas que se anudan en distintas formaciones de ideas y prácticas. Además, se debe reconocer que las reconstrucciones del pasado dependen de preguntas o problemas que se conjugan en el presente. Es por eso que, aunque parezca que se trata de los mismos hechos y del mismo pasado, hay más de una historia posible y por lo tanto más de un pasado a recuperar.

Dos cuestiones merecen ser resaltadas. Por una parte, el interés presente: no sólo porque la historia puede iluminar cuestiones actuales y actuantes en la disciplina, sino porque en las preguntas mismas que desencadenan la investigación histórica, si están bien formuladas, se juegan modos de intervención sobre el presente. Foucault extrema ese propósito de acción con la idea de favorecer «una conciencia histórica de nuestra propia circunstancia». (Foucault, 2001, p. 242). Por otra parte, aunque puede parecer una contradicción con lo anterior, se debe reconocer el carácter *diferencial* del pasado, que se busca conocer en sus rasgos propios. Aquí se incluye el tema, no siempre bien comprendido, de la *discontinuidad*, que no es un método ni un dogma, sino el simple reconocimiento de que los términos y los «objetos» (sea el yo, el instinto o la conciencia) dependen de marcos epistémicos y socioculturales que deben ser indagados en sus condiciones singulares. Pero inmediatamente salta a la vista que estos dos rasgos del pasado histórico (interés presente y carácter diferencial) no puede ser tomados por separado ni destacados unilateralmente: el énfasis en la actualidad engendra eso que se llama «presentismo» (que es un modo de la ilusión y el anacronismo) mientras que la afirmación de un pasado incomunicado con el presente conlleva el riesgo del «exotismo». La consecuencia, en cualquier caso, es la clausura de una elucidación

histórica capaz de impactar sobre el conocimiento presente. Una primera lección de una historia capaz de dialogar con el pasado, a partir de una distancia justa, es mostrar que las ideas y los proyectos que alguna vez fueron vigentes eran tan legítimos como los que hoy se admiten como incontrastables. Una operación de ese tipo sobre el presente enfrenta resistencias, en la medida en que supone admitir que en el futuro las certezas de hoy pueden ser vistas con la misma extrañeza con la que abordamos algunas convicciones del pasado. Un pensamiento histórico dispuesto a interrogar críticamente las convicciones y las ortodoxias conlleva un saludable efecto antidogmático.

La pluralidad de las psicologías se replica en un estudio igualmente diversificado de condiciones que ya no pueden encontrarse sólo en lo que la disciplina define como su interior. Para decirlo con una fórmula concisa: una historia de la psicología debe ocuparse de temas y objetos que no son parte de la psicología. O sea, no hay ni investigación ni enseñanza de la historia de la disciplina que pueda fundarse en las fuentes restringidas de la psicología llamada «científica». Como se dijo, la extensión hacia las «ciencias del hombre» establece ya una primera y básica apertura. En consecuencia, la posición y las preguntas del historiador no se forman sólo en el interior de las disciplinas psicológicas sino que requieren una formación suficiente en los conceptos y los procedimientos de la historia. Pero, como se verá, la disciplina historiográfica dista mucho de ofrecer una fisonomía uniforme. De la historia de las ciencias a la historia social y cultural, de la historia de las ideas a la arqueología de los saberes, de la historia de los campos intelectuales a los estudios de recepción, las opciones que se abren al historiador sólo pueden ser encaradas en función de preguntas y objetivos producidos en el curso de la investigación. Finalmente, esa pluralidad se traslada a los públicos: las mejores historias son las que pueden interesar a un público que no se restringe al de los especialistas. Es en contra de la modalidad autocomplaciente, instalada en el parroquialismo de cátedra, que puede plantearse una discusión sobre los principios de una historia que tenga en la mira otros públicos, formados en las tradiciones intelectuales de las humanidades, las ciencias humanas o los estudios literarios y culturales.

2. LA PLURALIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN: LAS HISTORIAS

Vista desde la historia, la psicología se presenta como un objeto *complejo*, sea que se estudien los comienzos, las formaciones y organizaciones o sus diversos impactos en el pensamiento, en las instituciones y en las prácticas. Esa complejidad y esa pluralidad de impactos no deja de trasladarse a las historias posibles: hay diversas historias en la medida en que los problemas, las preguntas que organizan una investigación histórica pueden ser diferentes. Lo importante es que esa condición plural, que puede parecer una debilidad desde un punto de vista doctrinario, es un desafío y una fuente de interés para el conocimiento, en la medida en que está en la base de

cierta cualidad de las formaciones «psi», que se han mostrado capaces de impactar y permear diferentes expresiones del pensamiento y las prácticas científicas y culturales en el mundo contemporáneo.

2.1 *Una historia de los saberes y los conceptos*

Manteniendo una relación de familiaridad y debate con la historia de las ciencias, suele partir de ese carácter intermedio de la psicología, entre las ciencias naturales, las humanidades, las ciencias sociales. Pero en verdad, una exploración de los comienzos de las ciencias del hombre, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, debe partir de la evidencia de que esas mismas separaciones disciplinares (sobre todo entre «ciencias de la naturaleza»/»ciencias de la cultura»; «explicación»/»comprensión», etc.) son una construcción retrospectiva. El uso del término «psicología» para esos saberes previos a la primera institucionalización de la disciplina académica cae en el anacronismo, salvo que se trate de indicar las raíces de una ascendencia o una «genealogía» que se reparte entre diversas formaciones de enunciados. (Christie, 1993, pp. 1-12). Ya se ha indicado el trabajo señero de G. Canguilhem que se embarcaba en una reconstrucción ambiciosa de esos diversos proyectos. Por su parte, Michel Foucault, con una distinta periodización, construye otro corpus en su deslumbrante exploración de la *episteme* moderna que se propone como una «arqueología de las ciencias humanas»(Foucault, 1968). Podrían mencionarse otros trabajos análogos, pero lo importante es que a partir de esa nueva producción, la historia de los saberes no puede limitarse al orden de los conceptos en el interior de un léxico de la disciplina sino a una exploración de los que la psicología recibe y transforma. El horizonte epistémico es a la vez más amplio y se instala en una periodización que se alarga en la medida en que ciertas matrices de inteligibilidad de los problemas y los modelos nacen justamente en esas intersecciones.

Ahora bien, una exploración que se instale en el tiempo extendido de las génesis y que busque su inspiración en la obra influyente de M. Foucault, se encuentra con que el autor de la *Historia de la locura* propone más de una historia de las ciencias humanas. Por lo menos, encara dos proyectos bien diferentes, aunque en algún momento intente una vía de conciliación. En *Las palabras y las cosas* propone una exploración epistémica formal que remite esa formación de saber a la antropología como un «referencial» que busca realizarse en el triedro epistemológico de la vida, del trabajo y del lenguaje. En *Vigilar y castigar*, en cambio, el fundamento de las ciencias humanas se encontraría en una forma de sujeto (y de *sujetamiento*) producido por la disciplina (Le Blanc, 2005; pp. 181-183).[2] De modo que, aun una historia focalizada sobre los conceptos, en el

2. Foucault buscó articular su primera investigación sobre las ciencias humanas con los enfoques posteriores de la disciplina y, sobre todo, la «población» (Foucault, 2004, pp. 77-81).

horizonte de la historiografía contemporánea, se enfrenta con la exigencia de ampliar sus enfoques y sus herramientas para indagar las condiciones extrateóricas de un orden conceptual.

Véase, por ejemplo, la excelente investigación de Roger Smith sobre el concepto de «inhibición». Muestra que la historia del concepto, firmemente implantado en la ciencia del sistema nervioso y en la psicología, en el siglo XIX, debe recorrer un horizonte de nociones que no sólo cruza las fronteras disciplinares sino que depende de significaciones culturales y políticas convocadas por el problema del *orden* en el individuo y en la sociedad. El análisis histórico del concepto de inhibición no sólo circula entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas, sino que debe recurrir a una semántica histórica sobre un vocabulario que se refiere a las funciones del control y el autocontrol. Desde el control de las masas y la producción de un orden político a lo largo del siglo XIX se acuña una representación polarizada (masas/elites, racional/irracional, cuerpo/espíritu, etc.) que se desplaza a las funciones psicológicas y neurofisiológicas de la regulación ejercida por las instancias superiores (intelectuales y volitivas o cerebrales) sobre las inferiores. Sin embargo, no basta con la indicación de un análogo esquema jerárquico de gobierno (de la sociedad, del sistema nervioso o de las estructuras afectivas y mentales) para borrar las diferencias conceptuales, de lenguajes o programas de investigación en las tres tradiciones científicas destacadas en el libro: la neurofisiología de Sherrington, la doctrina pavloviana sobre la actividad nerviosa superior y el psicoanálisis de Freud. Siguiendo este trabajo ejemplar, una investigación histórica de los conceptos debería ser capaz de revelar a la vez el suelo común de significados y traspasos culturales y un orden de conceptos y reglas de producción de enunciados que es específico de una tradición científica (R. Smith, 1992).

2.2 *Una historia de los usos*

Plantea otro tipo de cuestiones al desplazarse a los ámbitos de aplicación, en la clínica, la educación, el orden laboral, social, institucional o político. En su dimensión tecnológica, la disciplina despliega modalidades de construcción e implantación, que a menudo entran en conflicto con los objetivos de la llamada investigación básica o las formas de la organización académica. Es claro que ese horizonte aplicado de la psicología ha sido y es el predominante en el mundo contemporáneo. Al mismo tiempo, los conflictos entre los académicos y los profesionales técnicos recorre la historia de la institucionalización de la psicología en el siglo XX y ha repercutido en divisiones y fracturas en las organizaciones gremiales de los psicólogos. En este plano, una historia de las prácticas y las instituciones incluye y a la vez desborda las formas de la profesionalización universitaria en la medida en que la inserción de los psicólogos en ámbitos sociales y profesionales constituidos, en la medicina y la psiquiatría, en la educación y el trabajo, en la familia y los grupos,

necesariamente convoca a otro cruce de historias. Es difícil abordar, por ejemplo, las condiciones y los objetivos de los psicólogos en el hospital o la escuela sin considerar la densidad histórica encarnada y acumulada en esas instituciones. Y el problema mayor es que el sentido y la eficacia de las prácticas psicológicas en esos espacios no pueden ser comprendidas partiendo sólo de las ideas de los psicólogos sobre lo que *creen* hacer, sino de lo que efectivamente hacen. Nuevamente, los problemas del historiador no son los problemas del psicólogo y los objetos de esa historia (la familia, la escuela o las prácticas hospitalarias) difícilmente serían reconocidos como tópicos legítimos para las visiones tradicionales de la historia, concentradas en los autores, las teorías y los «descubrimientos».

Por ejemplo una historia de la psicología clínica (y del psicoanálisis) debe abordar el surgimiento de un ámbito de problemas y demandas, saberes y prácticas en torno de las *psicoterapias*. Esa historia incluye, por lo menos, el «tratamiento moral» pineliano (desde fines del siglo XVIII) y el paradigma de la hipnosis y la sugestión que nace con las modernas concepciones de la histeria en las últimas décadas del siglo XIX. Pero, además, en cuanto se enuncian las preguntas sobre lo nuevo que allí emerge, se advierte que ese nuevo ámbito, la clínica del sujeto individual, depende de condiciones sociales y culturales que se revelan cuando se amplían el alcance de la mirada y, consiguientemente, las fuentes. Es lo que revela la investigación ya clásica de Henry Ellenberger que hace posible un trabajo que reúne fuentes médicas, culturales y literarias en la exploración de los nuevos trastornos de la subjetividad que en verdad se corresponden con una transformación de las nociones clásicas sobre el sujeto. (Ellenberger, 1976).

2.3 *Una historia social y cultural*

Se hace posible en la medida en que se trata de un discurso que ha penetrado profundamente en la cultura moderna y proporciona un conjunto de nociones incorporadas a la trama de significaciones de la vida social. Esa dimensión de implantación cultural ha tenido y tiene un peso innegable en la historia contemporánea y la fisonomía actual de la psicología. En principio, si se piensan las prácticas de la psicología, en la relación que establece con un público y un mercado específico, en la interacción con las demandas de «usuarios» diversos, se advierte el impacto sobre una trama de representaciones y creencias sobre la propia vida, la educación y la crianza, la familia y la pareja, la sexualidad, etc. En ese sentido, puede hablarse de una cultura «psi» que ha contribuido notoriamente a reconfigurar nociones y valores del mundo moral. Y no me refiero sólo a las cosmovisiones (que han ocupado clásicamente a las sociologías del conocimiento) sino a los espacios regionales, a menudo superpuestos, de la cultura médica, intelectual o literaria. Muchos de los tópicos que en el saber académico se definen en términos de un lenguaje y un corpus conceptual específico tienen sus raíces en, o se comunican con, el universo

de las representaciones y las prácticas sociales. La relación del dispositivo académico con el campo cultural es un camino de doble vía: por una parte, los «objetos» del especialista arrastran una densidad y una historia en el mundo social; por otra, la modernidad, como es sabido, ha instalado a la ciencia y la técnica como un operadores privilegiados en la formación y reconversión de las representaciones y los hábitos de la sociedad.

La posición del historiador debe reconocer los problemas específicos de esa historia que coloca a la psicología fuera de los reductos académicos o las organizaciones profesionales: ante todo, las cuestiones se abren necesariamente a un ciclo temporal de más larga duración. Basta pensar, para tomar uno de los «objetos» antes señalados, en los problemas que la *familia* plantea a los abordajes de la psicología y, más en general, de las ciencias humanas. Canceladas las visiones naturalistas y los modelos funcionalistas, la configuración misma de la problemática familiar en la modernidad (incluyendo sus derivaciones hacia los temas de la pareja y la sexualidad, la crianza, la niñez y la adolescencia, en fin, las visiones evolutivas sobre las «edades de la vida» que nacen y se modifican en el seno de las formas de la familia), exige ser reconfigurada de acuerdo con una genealogía compleja e intrincada en la que se cruzan las prácticas religiosas con el dispositivo médico y psiquiátrico, el andamiaje jurídico y las políticas estatales sobre la población.

El psicoanálisis, nuevamente, ofrece un ejemplo de esa dimensión cultural extendida de los temas y los objetos de las ciencias humanas. Si el freudismo alcanza una colocación tan destacada, en el campo intelectual y en la cultura popular, particularmente en el período crítico de la primera posguerra es, sobre todo, por la significación social, moral en verdad, que adquiere como discurso sobre algunos problemas de su tiempo: los malestares subjetivos y los desórdenes que emergen con los nuevos movimientos políticos, los cambios en la posición de la mujer y en las relaciones entre los sexos, la renovación de los patrones familiares y los modelos del comportamiento infantil y juvenil, en fin, las utopias de la libertad tanto como las de la autoridad y el orden. El psicoanálisis, y las ciencias humanas en general, concentra las demandas y las ilusiones de un período marcado por una tragedia, la Gran Guerra, que busca dejarse atrás. Allí nacen las condiciones para la impresionante expansión del freudismo en la sociedad, que son también las que generan una cultura «psi», novedosa en el panorama de la cultura de Occidente. Y en ese proceso intervienen no sólo la acción divulgadora de los especialistas sino el trabajo mediador de algunos escritores y periodistas. Por otra parte, esa imbricación de los nuevos saberes sobre el sujeto psicológico con motivos culturales y morales no se limita al psicoanálisis; salvo ciertas zonas de una investigación científica enclaustrada en las universidades, que sólo interesa a los que la hacen y viven de ella, no hay concepto ni prácticas en las disciplinas humanas que pueda eludir esa inmersión en la vida social.[3]

3. Para un análisis histórico renovador de esas correlaciones de la psicología con instituciones y demandas de la sociedad, véase Rose (1990).

2.4 *Una historia de la profesión*

Es decir, de los psicólogos más que de la psicología. Se hace posible en el cruce entre la configuración «tecnológica» de las disciplinas psicológicas y la implantación extendida en la cultura y la sociedad. Las formas y los modelos de profesionalización, en el siglo XX, presentan perfiles diferentes de acuerdo con los ámbitos en los que la psicología ha buscado establecerse. La universidad es indudablemente uno de esos ámbitos, aunque ofrece diferencias notorias (entre los países, pero también entre las casas de estudio e investigación) en las condiciones de una efectiva profesionalización académica. Al mismo tiempo, dado el despliegue de los usos de las psicologías en la sociedad y las instituciones, las variantes en las modalidades profesionales ya no dependen solamente de la comunidad de los especialistas, sino de la historia previa y las características de esos ámbitos de uso de la psicología a los que ya se hizo referencia: los dispositivos de la salud, la educación y el trabajo, los aparatos públicos de las fuerzas de seguridad y el sistema jurídico-penal. Lo importante para la tarea historiadora es que el estudio del proceso de formación de una comunidad de especialistas no se oscurezca por el presupuesto de una homogeneidad del grupo profesional que lleve a desconocer las variantes y los conflictos.

Las dinámica de las comunidades y los movimientos en las disciplinas humanas modernas opera en general con una modalidad de fracturas sucesivas y separación de especialidades e incumbencias. Ese movimiento característico de las historias profesionales impregna habitualmente las historias disciplinares, incluso las que buscan un fundamento en distinciones epistemológicas. En verdad, una historia de la psicología que pretenda fundar un estatuto de estricta separación y autonomía, incluso una identidad separada de las ciencias humanas, de la medicina, de la filosofía, lo sepa o no, se funda en una lógica que es menos tributaria de la ciencia (universalista por principio) que de la profesión, con sus miras restrictivas y autosuficientes. Es fácil focalizar en la operación doctrinaria de Boring y su célebre historia la voluntad de construir un grupo homogéneo y separado; pero ese modelo ha perdurado mucho más que la obra de Boring y de algún modo sigue constituyendo la indicación establecida en toda historia de la disciplina (aun en las que se ofrecen como una crítica de la historiografía tradicional) que convierta a la psicología académica en un punto que es a la vez de partida y de llegada, en un círculo autorreferencial, compacto y cerrado.

Es claro que la construcción de esa autonomía y de una «identidad» disciplinar no obedece sólo a razones internas. Las condiciones de la edificación de la psicología como dispositivo profesional es un tema mayor de la investigación histórica. Pero se trata justamente de interrogar esas condiciones más allá de las convicciones de los especialistas; algo bien distinto de hacer jugar a la historia como agencia de confirmación y sostén de los pequeños mitos de una comunidad. Esa edificación, en el siglo XX, abarca una espacio internacional: basta pensar el papel cumplido por los congresos y

las asociaciones científicas y gremiales transnacionales, el papel de las traducciones, la consagración del inglés como *lingua franca*, en fin la institucionalización creciente de la psicología en las universidades de acuerdo con modelos de formación que se exportan de los países centrales, sobre todo de los Estados Unidos en la segunda posguerra. Pero lo que muestra la investigación histórica disponible (por ejemplo, sobre la psicología en Alemania, Geuter, 1992), es que las historias de la profesión deben estudiar muy bien las condiciones nacionales, particularmente en el nivel de las organizaciones estatales. Y en cuando esas historias indagan constelaciones culturales e institucionales, tradiciones y formas de apropiación, modelos de acción estatal, lo que se advierte, en contra de esa afirmación de la singularidad y la autonomía, es que las historias de las profesiones nacidas de las ciencias humanas, en tanto comparten un mismo contexto nacional (cultural, social y estatal) se incluyen en una trama comunicada y solidaria.[4]

La focalización en la profesión plantea ciertas cuestiones para un trabajo histórico crítico de los imaginarios instituidos según las modalidades de las pertenencias corporativas. Posiblemente es el género historiográfico que más enfrenta las resistencias de quienes se han acostumbrado a las narraciones históricas subordinadas a los fines de la *legitimidad*. La celebración de la continuidad y de los orígenes no sólo caracteriza ciertas formas del saber histórico (aplanado sobre las funciones de la memoria), sino que sirve a un interés reivindicativo: el modelo de la historia familiar se traslada de los «padres fundadores» a una forma institucional. En términos weberianos, la legitimidad del carisma tiende a ceder frente al peso de una burocracia racional. Si las historias «oficiales» son siempre un desvío o un bloqueo para el conocimiento histórico, las peores son generalmente las que se enuncian en nombre de una institución o un círculo que se presenta como el garante de una «verdad» o de la defensa de la organización. Esa función de la historia como garante del orden vigente suele quedar particularmente acentuada en períodos de crisis o disputas de legitimidad. Cuando lo que predomina es la ortodoxia doctrinaria (antes que la organización) la matriz es la *transmisión* de una verdad que debe ser preservada y la historia se reduce a la defensa del dogma. La historia del psicoanálisis, con sus ortodoxias y heterodoxias, sus herederos y sus disidentes, está poblada de relatos armados en esos términos, que combinan la idea la defensa de una causa con los enredos y los conflictos de filiación.

Lo importante es reconocer que el pasado, en la visión legitimista, tiende a colarse en los debates y las luchas presentes, según una lógica que de los movimientos religiosos se ha traspuesto a las organizaciones políticas y las comunidades profesionales. La insistencia en la «identidad» y la legitimidad revela el peso de los fantasmas de ilegitimidad

4. Se puede encontrar un ejemplo de un estudio transversal de este tipo, para la Argentina del siglo XX, en Neiburg y Plotkin (2004). En él se abordan la sociología, la psicología, la historia, la antropología y la arqueología, la economía y el ensayo.

y bastardía y enlaza los problemas de la historia con los poderes del mito y con las proyecciones de lo que puede llamarse «memorias hegemónicas», reaseguradoras frente a las incertidumbres del saber y de la investigación. A menudo, esas hegemonías entran en crisis y son desafiadas: toda ortodoxia alimenta sus contradictores. La disputa entre ortodoxias y heterodoxias forma parte de la estructura misma de un campo intelectual o disciplinar: cuanto más rígida es la ortodoxia más contestataria e iconoclasta es la acción contraria y más traumáticas son las fracturas. Lo importante es advertir que allí donde domina una memoria hegemónica no hay casi lugar para una investigación histórica autónoma.

3. UNA HISTORIA INTELECTUAL DE LA PSICOLOGÍA

Llegados hasta este punto, el lector que haya seguido el repertorio de las ideas y las advertencias podría sensatamente preguntar por los principios y los criterios de una historia diferente de la tradicional, capaz de incorporar o aprender de esa pluralidad de enfoques sobre el pasado. Brevemente, lo que puedo responder expone y sitúa mi propio trabajo, bajo la rúbrica, no bien delimitada, de la *historia intelectual*, un enfoque y un dominio inclusivo que recibe algo de distintos géneros historiográficos. En principio, se distancia del modelo de la *memoria* (la identidad, la continuidad, la autonomía de un grupo o de un campo) y busca explorar una *trama* de procesos y acontecimientos, múltiples, heterogéneos, siempre parciales; no busca reconstruir totalidades sino problemas; y no es un reducto de certezas sino que su motor es la curiosidad. Enfrentado a los conceptos, no se trata de juzgar su cientificidad sino de explorar una genealogía y situar los enunciados y los programas en horizontes que siempre exceden los límites establecidos por la propia disciplina. Una condición de una historia así concebida es la suspensión de todo *a priori* normativo sobre lo que la disciplina es o deber ser. Y si bien las fuentes científicas (cátedras, programas, revistas y manuales, congresos) son una base indiscutible de la investigación, las preguntas históricas que pueden arrojarse sobre esas fuentes no alcanzan a responderse sin un trabajo analítico que necesariamente las desborda, hacia el campo intelectual, institucional o político.

La *Psicología de la conducta* de José Bleger puede servir de ejemplo (Bleger, 1963; Vezzetti, 1996 y 2004). Corresponde al programa de la «Introducción a la Psicología» que Bleger comenzó a dictar en esos años en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la que la Carrera de Psicología había sido creada en 1957. No es difícil trazar el mapa conceptual que organiza la obra en torno de la conducta y que parte, no de Watson sino de la tradición francesa, de George Politzer a Daniel Lagache y de la recepción local de la Gestalt, sobre todo la topología de Kurt Lewin, a partir de la enseñanza recibida de Enrique Pichon Rivière. En el orden de

los conceptos, el programa blegeriano buscaba, por una parte, fundarse en el materialismo dialéctico y, por otra, proponía una nueva lectura de nociones del psicoanálisis, kleiniano sobre todo. Además, en el programa de Bleger se incluía el proyecto de la *psicohigiene* como ámbito específico de acción de un psicólogo concebido como un agente activo en la sociedad.[5] Ahora bien, una historia que desplegara ese mapa ecléctico de autores y teorías no sería falsa pero dejaría en la oscuridad una trama de condiciones y rasgos que intervinieron en esa empresa fundadora. Ante todo, un clima intelectual y político que impregna la etapa abierta con la caída del primer peronismo (1955) y que se extiende en la cultura de los *sesenta*, que en la Argentina sufren una fractura con la dictadura de 1966 y la intervención militar de la universidad. Sólo la posición intelectual y política de Bleger (que es, por un tiempo, simultáneamente, miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina y del Partido Comunista) y la trama de relaciones que comunican el incipiente espacio académico de la psicología con el campo intelectual y político, sobre todo de izquierda, permite entender los alcances de su proyecto para una nueva psicología. En el se conjugaban la renovación en los conceptos con el planteo del tema de la profesionalización; pero en los objetivos y las proyecciones que imagina para la disciplina, entran igualmente cuestiones como la función social del psicólogo, las formas de apropiación del psicoanálisis, la renovación del marxismo de partido y la recuperación de una tradición reformista, en fin, una visión sobre la sociedad argentina en una nueva etapa, en la que se postulaba un papel importante a los psicólogos (y los cientistas sociales) como agentes de cambio en la sociedad.

Se trata, entonces, de situar una formación discursiva e institucional en una trama que inevitablemente excede los límites de la «disciplina» o la institución. Una historia así concebida se caracteriza por una colocación plural, dispuesta a desplazarse en la medida en que sus «objetos» se configuran en construcciones que pueden ser, en principio, diferenciadas en dos esferas: sociocultural y conceptual. Pero se trata de evitar tanto la reducción a la lógica del pensamiento científico como a una descripción de los usos y las formas sociales. En el primer caso, el estudio de los conceptos (que, como ha sido dicho, siempre se sostiene en la pluralidad de tradiciones científicas) no consagra la autonomía intrateórica de un espacio «epistémico» ni, mucho menos, se encierra en un solo autor o escuela. En el segundo, la indagación de condiciones no discursivas, extrateóricas, que se focaliza en las prácticas y las instituciones, los «usos» y aplicaciones, no se refiere globalmente a la sociedad, al orden político, ni mucho menos a una visión homogénea del poder sino que debe dar cuenta de un orden que es propio de un *campo* científico profesional, con sus posiciones, reglas de pertenencia, de consagración y prin-

5. Véase Bleger (1963) –concretamente el capítulo XVII dedicado a «El psicólogo y las escuelas de psicología»– y Bleger (1966).

cipios de legitimidad (Bourdieu, 2000). Además, como ha sido dicho, debe situar sus análisis en un espacio cultural que posee rasgos propios: representaciones sociales, formas de circulación y difusión, constitución de públicos, en fin, formas de apropiación, más extensas o más circunscriptas.

Los enfoques de la historia intelectual, desarrollados en los últimos años, dan cuenta de procedimientos y modalidades de investigación que están muy lejos de ofrecer un modelo uniforme. Un «mapa» del género exhibe la diversidad de tradiciones, de problemas y de accesos metodológicos. Las intersecciones posibles acentúan la permeabilidad de los límites entre la historia de los conceptos y las teorías, una orientación hacia la historia cultural y la antropología histórica, la historia social y política, la historia institucional de grupos y de campos. Aplicada a la discusión de la «memoria» de la profesión, esa historia ilumina los modos en los que el pasado puede actuar sobre el presente: hay síntomas recurrentes en los alineamientos o los conflictos de los especialistas, que adquieren sentido en el marco de un análisis de los lazos que unen el presente con el pasado o, mejor, la perduración y la eficacia de ciertas formaciones que hunden sus raíces en el pasado. En ese sentido, la psicología no puede prescindir de una relación pensada con su pasado, ni en el orden de los conceptos ni en el de sus prácticas en ámbitos e instituciones (como la escuela, el hospital o el consultorio), que poseen su propia densidad histórica.

Finalmente, queda la cuestión de la *recepción*. Admitamos que la investigación histórica se abre a una trama de significaciones, ideas y prácticas y que los problemas de la historia disciplinar se sitúan en espacios intelectuales y culturales. ¿Por dónde empezar y qué abarcar? En principio, no es lo mismo la historia que parte del «descubrimiento» o de la «fundación» (sea de la psicología experimental, del psicoanálisis o la psicología genética) que la que debe hacerse cargo de las lecturas, las traducciones o los desplazamientos. Este es el nudo de la historia de la recepción, en la que el acento se desplaza de los grandes autores y los textos fundadores a la historia las lecturas más eficaces, los contextos de apropiación, las funciones de mediación e implantación de una disciplina. Por otra parte, esto es no sólo relevante sino indispensable en una tradición cultural y de pensamiento como la argentina, dominada por la inmigración y la recepción de ideas, lenguajes y costumbres. Pero los problemas de la recepción no se limitan a las traducciones y desplazamientos entre espacios culturales nacionales; también la circulación y las trasposiciones entre campos disciplinares configurados como «culturas» diversas con lenguajes y reglas propios, exige tomar en cuenta el problema de la recepción como un práctica activa que modifica aquello sobre lo que se aplica (Snow, 2000; Lepenies, 1994).

En los estudios de recepción se desplaza el foco del autor hacia las condiciones de producción y la circulación; se interroga la relación del autor a la obra, que no es una relación transparente ni directa sino que se sitúa en una trama de relaciones y las condiciones que operan tanto en la producción, como en las operaciones de difusión y las prácticas de lectura. El objetivo del análisis son los usos más que la trama interna de la

obra, a partir de una idea central: la lectura no es la incorporación pasiva del texto sino que siempre supone una apropiación que lo transforma. Esto remite a la importancia de la constitución del público; incluso a las escisiones y tensiones entre públicos diferentes, que dan lugar a lecturas divergentes. Tampoco es transparente la relación de la obra con su tiempo, con las ideas y representaciones que dominan una época; en la medida en que esta relación cambia, o puede ser muy diferente en los distintos espacios o «nichos» de recepción, también cambian las lecturas y los impactos. En fin, con la categoría de recepción quedan problematizados los límites y la significación de un pensamiento o un corpus de enunciados. El sentido permanece abierto y las historias deben reescribirse justamente porque las lecturas se renuevan no sólo en lo explícito de los enunciados y las prácticas sino en una dimensión latente que se toca con los sistemas de creencias y con los límites de lo pensable y lo asimilable en un espacio dado de recepción.

Por ejemplo, si se piensa en el psicoanálisis, que ha motivado una producción historiográfica impresionante, un problema central para elucidar su presencia en el mundo contemporáneo es el de los diversos «impactos», las lecturas y las apropiaciones de una obra que ha sido capaz de convocar diversos públicos. La *recepción* del freudismo y del psicoanálisis requiere ser indagada en un espectro de campos: la medicina, la psiquiatría y la psicología, pero también en la cultura intelectual (la filosofía, las ciencias, las producciones estéticas) y en la trama cultural más amplia, incluso en diversas formas de la cultura popular. Desde luego, para explorar esa historia compleja hay que tratar con las condiciones de un campo de saber, de discursos, modelos y autores que exceden el espacio local, nacional o regional y se desplaza de Viena a Londres, a Nueva York, a París y Buenos Aires.

Desde luego, se distinguen niveles o terrenos de las operaciones de recepción, desde las lecturas de los especialistas a las apropiaciones que directamente se plasman en el campo intelectual y, finalmente, a las formas de circulación popular. No es lo mismo una tesis médica, una intervención ensayística en una revista de intelectuales o una nota con ilustraciones en un *magazine* de tirada masiva. Y sin embargo, más allá de la evidencia de fracturas o escisiones, es posible a menudo reencontrar líneas de comunicación en un campo cultural dado. Sobre todo porque esas vías diferentes de recepción y apropiación no constituyen un sistema estático ni homogéneo e intervienen diversamente según las temáticas en juego. Ciertos objetos discursivos son más internos a la disciplina y sus fuentes no exceden los registros de los especialistas. Pero en otros la implantación del discurso psicológico contemporáneo alcanza un público amplio; y en la misma medida en que se amplían y diversifican las fuentes (textos científicos, ensayísticos, morales y religiosos, de divulgación, narrativa) se densifican los problemas y los límites de una historia disciplinar que debe extenderse hacia la historia social y cultural de las representaciones.

En conclusión, la complejidad de las disciplinas psicológicas como tópico de la investigación y de la enseñanza históricas depende en gran medida de la importancia de

las tramas intelectuales y los contextos de recepción; a partir de reconocer esa realidad, las historias resultantes se separan del modelo de la biografía individual o la memoria de un grupo. En esa indagación quedan igualmente justificados el estudio de las modalidades de implantación y desarrollo de una disciplina en tradiciones culturales específicas. Es lo que justifica proponer una historia de la psicología en España o en Argentina, incluso de una psicología española o argentina. Se trata de reconocer una condición doble, no exenta de ambigüedades. Por un lado, la vocación de universalidad de la disciplina, la relación con los protocolos o las reglas del conocimiento y el dispositivo científico, en cuyo caso sólo se puede habla de *la* psicología, aunque se distingan contextos nacionales específicos. Sin embargo, si la historia de la psicología incluye el estudio de las obras y los conceptos en la exploración de una *cultura* específica es admisible destacar lo que la especifica como psicología española, francesa o argentina. El foco del análisis se desplaza a las condiciones de los campos (científico, intelectual, político), en una indagación móvil de los movimientos y debates, las instituciones y símbolos, las operaciones de traducción y apropiación. Finalmente, la historia de la psicología como un conjunto interactivo se abre a los motivos, las representaciones y los agentes en la sociedad.

Referencias bibliográficas

BLEGER, J. (1963): *Psicología de la conducta*. Buenos Aires, Eudeba.

— (1966): *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires, Paidós.

BOURDIEU, P. (1990): «Algunas propiedades de los campos», *Sociología y cultura*. México, Grijalbo.

— (2000): *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Nueva Visión.

CANGUILHEM, G. (1958): «Qu'est-ce que la psychologie?», *Revue de Metáphisique et de Morale*, 1 (traducción de María Teresa Poyrazian en: www.elseminario.com.ar).

CAPARRÓS, A. (1991): «Crisis de la psicología: ¿singular o plural? Aproximación a algo más que un concepto historiográfico», *Anuario de Psicología*, 51, pp. 5-20.

CHRISTIE, J. (1993): «The human sciences: origins and histories», *History of Human Sciences*, 6 (1), pp. 1-12.

DE CERTEAU, M. (1975): «L'opération historiographique», *L'écriture de l'histoire*. Paris, Gallimard.

ELLENBERGER, H. (1976): *El descubrimiento del inconsciente*. Madrid, Gredos.

FOUCAULT, M. (1994): «La psychologie de 1850 à 1950», *Dits et écrits*. Paris, Gallimard (traducción de Hernán Scholten, en www.elseminario.com.ar).

FOUCAULT, M. (1968): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, Siglo XXI.

— (2001): «El sujeto y el poder», en H. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires, Nueva Visión.

— (2004): *Sécurité, territoire, population*. Paris, Gallimard/Seuil.

GEUTER, U. (1992): *The Professionalization of Psychology in Nazi Germany*. Cambridge, Mass., Cambridge University Press.

KIMBLE, G. A. (1984): «Psychology's two cultures», *American Psychology*, 39, pp. 833-839.

LAGACHE, D. (1980): *La unidad de la psicología*. Buenos Aires, Paidós.

LE BLANC, G. (2005)*: L'esprit des sciences humaines*. Paris, J. Vrin.

LEPENIES, W. (1994): *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México, FCE.

NEIBURG, F. y M. PLOTKIN (comps.) (2004): *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.

ROSE, N. (1990): *Governing the soul. The shaping of the private self*, London and New York, Routledge.

SMITH, R. (1992): *Inhibition. History and Meaning in the Sciences of Mind and Brain*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.

SNOW, C. P. (2000): *Las dos culturas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

VEZZETTI, H. (1996): «Los estudios históricos de la psicología en la Argentina», *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 2 (1-2), pp. 79-93.

— (1998): «Las psicologías del fin de siglo a la luz de su historia», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 51 (1), pp. 105-114.

— (2001): «Michel Foucault: apuntes para una arqueología de la psicología». Conferencia, *XXVIII Congreso Interamericano de Psicología*, Santiago de Chile, 29 de julio al 3 de agosto, en www.elseminario.com.ar.

— (2004): «Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias, proyecciones sobre la sociedad», en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós.

— (2005): «Tres 'tradiciones' en las psicologías del siglo XIX», en H. Vezzetti y A. M. Talak, *Problemas y perspectivas de una historia de la psicologia*, en www.elseminario.com.ar.

WOODWARD, W. R y M. G. ASH (eds.) (1982): *The Problematic Science: Psychology in Nineteenth-Century Thought*. New York, Praeger.